

había pasado por la mente y en su estado de alegre expansión, casi estuvo á punto de disculparse, de acusarse por ella en alta voz. « Ciertamente, mi querido Ricardo, es un terrible accidente; pero debo confesarle que mi propia dicha me hace difícil... ¿Ha tenido V. noticia de mis proyectos respecto de su prima Elisa? Acaba de contestar á su madre aceptando, pero en el desorden de hace un momento, la Sra. de Fénigan no pudo decirme más que unas cuantas palabras... Ah, allí vienen... »

La notaria y Lidia acababan de aparecer en lo lejano de la alameda. Hallándose por casualidad aquella mañana en el jardín cogiendo rosas, llegó la mujer del jardinero completamente fuera de sí á darles cuenta del lúgubre descubrimiento del Sr. Alejandro en el césped. Las pequeñas tijeras de podar que Lidia tenía en la mano siguieron cortando tranquilamente — la madre lo observó — sin la menor interrupción, sin la más ligera sacudida. La joven se contentó con esta reflexión á media voz: « ¡Qué suerte que Ricardo no esté aún de vuelta! » seguida por otra que no expresó. « Después de sus amenazas de matar al príncipe, no habrían dejado de acusarlo... y hasta yo habría creído... » Esta idea no la abandonó ya, y cuando Delcrús, llamado de Corbeil, se paró un momento

en la quinta y discutió un instante con su escribano las probabilidades del accidente, estuvo á punto de felicitarle en alta voz de la ausencia de su marido; pero un instinto misterioso le impidió hacerlo. En tales condiciones es fácil comprender el espanto de la joven al ver llegar á eso de las doce la maleta y saco de viaje de Ricardo.

— Viene, le dijo la jardinera, en el ómnibus de Villeneuve... D. Ricardo ha tomado á pie por el bosque.

Lidia se sintió morir, invadida por esta convicción: « Él es quien ha matado á Carlos... »

Y se le aparecía el drama, flagrante y brusco. Su marido que llega un día antes para sorprenderla, el príncipe emboscado cerca de la verja, el encuentro de los dos hombres, un arrebato de cólera y el homicidio. Había pormenores enexplicables; pero ella no se paraba en analizarlos, dominada como estaba por su estupor y su admiración, pues admiraba á su marido por haberse atrevido, él, tan tímido y débil, aquel hombre niño que sólo le parecía capaz de llanto y lamentos; ¡Cuidado si debía estar enamorado y celoso! Y se producía en ella, en la angustia, una ascensión de ternura, de gratitud, una fiebre de amor deliciosa, que aumentó aún cuando apareció Ricardo en la vuelta de una alameda, bronceado, adelgazado

por el hálito de África, con los ojos brillantes de alegría, y ostentando en toda su persona algo de viril y resuelto que antes no tenía.

La madre, que se apoyaba en el brazo de Lidia, estorbando la soltura de su andar, gritó desde lejos á su hijo, dominada por su impaciencia : « ¡ Vaya una idea no avisarnos!... ¿ Sabes que hemos tenido mucho miedo al ver tu equipaje y que tú no parecías?... Sobre todo después de este horrible suceso...

— Es cierto, queridas mías, he elegido muy mal el día. »

Interrumpióse para dar un abrazo á su madre y en el mismo arranque estrechar contra su corazón á Lidia, cuyo lindo rostro tuvo que ir á buscar debajo de un capuchón rosado. Encontróla helada y temblorosa, tanto que lo hizo observar en alta voz. Ella no contestó y la Sra. de Fénigan, comprendiendo que necesitaban estar solos, echó á andar delante de ellos con Delcrús.

Ricardo, ebrio de alegría, apretaba el brazo de su mujer debajo del suyo como el pobre hace con su pan, como el ahogado se coge á la boya; á cada paso se paraba mirándola é interrogándola hasta en el fondo de sus ojos : « ¿ Por qué tiembles, por qué parecen de hielo tus labios y tus manos?... Mi regreso imprevisto ha podido

sorprenderte... pero ya eso pasó... ¿ No será el horror, la impresión de esta catástrofe?

— Oh, no, contestó ella sinceramente, de modo que el error era imposible.

Su marido insistió :

— Deberías decírmelo, pues ahora puedo oirlo todo...

— Había muerto para mí hace mucho tiempo, ya lo sabes... No, Ricardo, no es eso.

— ¿ Entonces qué es? ¿ No te regocijas de verme? Sin embargo, tus cartas rebosaban ternura.

— Más tierna soy yo que ellas, Ricardo mío, y feliz al verme á tu lado. Sí, muy feliz, mucho,... te lo juro.

Y cada vez más temblorosa, acercábase á él con una concentración de todo su ser, con los labios mudos pero que vibraban ante una confidencia ó una pregunta que no se atrevía á hacer. Ricardo buscaba, suponía, á la vez que hablaba de cosas indiferentes, primer lazo de los corazones mucho tiempo separados. Por instantes cruzaban sus grandes ojos bondadosos relámpagos de tormenta, poco acordes con la vulgaridad de la conversación. También á él le asaltaban siniestras sospechas que en vano trataba de rechazar, llegando á acechar los movimientos de su mujer con las mismas miradas

de angustia y miedo que ella tenía para examinar los suyos.

Delante de ellos, dando el brazo á la notaria, el juez Delcrús deliraba de contento al saber que Elisa consentía en el enlace. Veíase ya en vísperas de matrimonio, hablaba de regalar sus gatos y su cotorra, toda su familia de solterón, y consultaba á la madre de Ricardo acerca de su futuro domicilio y de la elección de padrinos... « Sin la lúgubre ocurrencia de esta mañana, habría podido rogar á mi ilustre amigo el duque de Alcántara... » Las cejas fruncidas de la señora le advirtieron que no continuase.

— V. olvida, Sr. Delcrús, que entre Granburgo y Uzelles no puede haber nada común. Dios sabe que los perdono después del golpe que les hiere; pero nosotros hemos sido tan desdichados por culpa de esas gentes...

— « Disimule V. mi torpeza, señora, contestó Delcrús con tono pesaroso; el exceso de mi dicha tiene la culpa... » Las ásperas cejas siguieron fruncidas. La palabra *dicha* le pareció inconveniente frente á la otra madre que recibía el cuerpo de su hijo en la carreta de los ahogados. Por fortuna la conversación terminó al anunciar un criado que en Granburgo reclamaban la presencia del juez de instrucción; Alejandro, que había venido

á buscarle en tilbury, esperaba en el camino. La emoción de Lidia aumentó visiblemente al oír el recado, y mientras el magistrado se despedía, Ricardo se preguntaba si no iba su mujer á desmayarse en los brazos.

Apenas se sentó al lado de Alejandro, Delcrús, cautivado de nuevo por el interés y el misterio del drama que estaba encargado de poner en claro, se informó acerca del estado moral del palacio.

— Creo, contestó el servidor en tono reservado, que la Sra. duquesa no adivina lo que pasa... En cuanto al general, ha aceptado su infortunio con gran valor; nos mandó depositar el cuerpo en un pequeño edificio que llaman el Fantasma y al cual se puede ir sin pasar por la casa...

— ¿Y la gente qué dice? ¿qué piensa? ¿Está acorde con la opinión pública el dictamen de los médicos?

El antiguo criado hizo un gesto dudoso: « Lo que la gente del campo dice, puede saberse, Sr. juez; pero lo que piensan es otra cosa.

— ¿Y V.?

— ¡Oh, yo!... »

Para evitar la contestación fingió enderezar al caballo que había dado un mal paso... Así llegaron á los chopos del puente. Desde el lavadero subían voces aflautadas, á la vez que la ropa tendida se

mecía en las cuerdas impulsada por el aire del río.

— Si el escribano hubiera podido apuntar lo que se dice aquí desde esta mañana, siguió diciendo el pretensioso solterón á la vez que se ponía muy erguido para que le vieran con el juez de instrucción en un coche de los Alcántara, sabría tal vez V. lo que se dice del asunto. Sin eso...

Al ver que aquellos labios informes se cerraban herméticamente, el magistrado comprendió que no sacaría nada del lacayo con ribetes de campesino, cuyos ojuelos parecían sin embargo bien enterados; no se alteró por esto, persuadido como estaba de que en su despacho de Corbeil, aquel mismo Alejandro tan reservado é impenetrable se extendería en explicaciones al mandárselo la justicia, ese espantajo de las gentes del campo.

Delcrús se apeó en el andén desierto, junto á una de las puertas pequeñas de Granburgo, y se encontró en el terrado que daba al río con la duquesa que parecía dispuesta á salir y que sostenía viva discusión con su marido y el maestro Juan, sentados ambos en el banco que tenía como espaldar la cerca de árboles del juego de tennis. El rostro prolongado del general se alzó al verle y desde lejos le gritó mientras que los ojos del profesor se entregaban á una mímica exagerada detrás de sus anteojos: « Venga V. en mi auxilio,

querido... ayúdenos á tranquilizar á esta pobre duquesa, que se empeña en que le ocultamos algo. » Delcrús contestó en el tono que convenía: « ¿ De modo, general, que sigue V. sin tener noticias? »

— Lo mismo, y esta es la razón porque he mandado á buscarle, pues confieso que empiezo á estar intranquilo.

— Y hay de qué, contestó el juez acariciando sus patillas con aire confuso. La duquesa que escarbaba impacientemente la arena del jardín con el regatón de su sombrilla, envolvió á los tres hombres en la misma mirada de sospecha. Sus mejillas plomizas, su color de ictericia que tiraba á negro, la habían convertido en dos días en una vieja. Comprendiendo que todos se unían contra ella en la misma mentira, y que estaban resueltos á no decirle lo que ella no se atrevía á adivinar, exclamó dirigiéndose al profesor por ser el más tímido: « Maestro Juan, quiero la llave del Fantasma, la quiero, ¿ me oye V. ? »

— Sí, señora duquesa... pero no sé... tartamudeaba el pobre diablo. El príncipe en persona lo cerró... porque las pelotas del tennis entraban allí al rodar... y sin duda se metió la llave en el bolsillo.

— Busque V. otra vez; le repito que ha de entregármela hoy mismo.

Mientras se alejaba, el general dijo en voz muy alta, para que su mujer pudiera oírle : « ¡Cuidado con estas imaginaciones de mujeres!... La duquesa soñó anoche que habían encontrado á su hijo ahogado en este antiguo pabellón de música llamado el Fantasma, no sé porqué, y en el cual nunca ha habido una gota de agua. » Hizo señal á Delcrús para que se acercara, señalando con su bastón al pequeño edificio de ladrillos encarnados ocultos por el follaje : « ¿Sabe V. que está allí y es preciso que se haga la autopsia durante la velada? Quiero ponerlo en el ataúd inmediatamente, pues su madre se volvería loca al verle como está... ¡Ah, mi querido Delcrús, he asistido en mi carrera de soldado á matanzas atroces; pero cuando vi lo que me traían de mi hijo, de ese lindo rubito, á este mismo sitio donde hace menos de ocho días jugaba!... »

Detúvose ante la radiosa visión de Carlejo, tan presente todavía en su memoria, que se figuraban oír sus risotadas y sus gritos en el césped... « Juegue V... », en el zumbir de las abejas alrededor de las flores. Después de largo silencio, el magistrado fué el primero en hablar, siempre en baja voz : « Queda convenido, mi general. Los médicos estarán aquí antes de que acabe el día; pero á menos de cambiar de parecer, creo que de-

clararán inútil la autopsia, pensando como yo que el príncipe ha muerto de una congestión.

— Soy de parecer enteramente opuesto, contestó el duque de Alcántara sin que se moviera un músculo de su pálido rostro.... Pero ante todo quisiera hacerle á V. una pregunta : ¿Cómo es que se ha encargado V. de las primeras diligencias en este siniestro negocio ?

Delcrús se turbó un tanto : « Por la buena razón, Sr. Duque, de que nuestro juez de instrucción está con licencia por causa de salud y que el fiscal hace su viaje de boda... »

— ¿ Y. V. no piensa en preparar el suyo ?

— ¡ Yo un viaje de bodas!... exclamó el magistrado, sorprendido al ver que conocían sus proyectos en esfera tan elevada.

— ¿ No se propone V. casarse con una prima de los Fénigan, divorciada, bonita y rica ?

Desde el banco donde estaban sentados veíase extenderse sobre la colina de enfrente la quinta de Uzelles y el largo pasadizo que terminaba en la fachada principal. Por discreto y reservado que fuera, el magistrado no se atrevió á renegar de sus esperanzas ante aquellas piedras y árboles que eran sus confidentes y testigos; en consecuencia manifestó que faltaban por convenir ciertos puntos, pero que el enlace le parecía resuelto en principio.

— Entonces, amigo mío.... y la voz del general, lo mismo que sus apagados ojos, tomaron una intensidad de vida penetrante y vibrante..., entonces es de absoluta necesidad que entregue V. á uno de sus colegas la causa, por que mi hijo ha sido víctima de un asesinato y el asesino es su futuro pariente y deudo Ricardo Fénigan.

Delcrús se puso en pie con un arranque de indignación casi natural : « ¿ Qué dice V., señor duque ?

— Nada que no pueda probar.... Maestro Juan ¿ quiere V. dar á leer al señor ?...

Los dedos asustados y temblorosos del profesor sacaron de una cartera de cordobán abierta sobre sus rodillas y enseñaron al juez las pobres cartas delirantes en que Ricardo, furioso de no encontrar á nadie frente á él, repetía en todos los tonos, variando su frase al infinito : « ¿ No quiere batirse ? Pues lo mataré, lo mataré. » Y á una señal del duque, Maestro Juan añadió con su voz enferma, que apenas se oía : « Y esas amenazas no sólo han sido escritas, sino que por dos veces me las ha dicho á mí mismo el Sr. Fénigan, jurando que esperaré al príncipe en una encrucijada del bosque para hacer á taconazos unas papillas con su linda cabeza, según había hecho con su retrato.

— ¿ Qué le parece á V. ? preguntó el general.

— Confieso, contestó Delcrús, que mis sospechas se fijaron al principio en Ricardo ; pero hay imposibilidades flagrantes. El regreso del marido, á la verdad repentino, se efectuó esta mañana, y el crimen data de varios días atrás, sin lo cual los gusanos del bosque...

No se atrevía á terminar su frase delante del padre, que continuó con la mayor tranquilidad : « Quizás no ha cometido personalmente el crimen... aunque á la verdad sus amenazas al hermoso rostro que le irritaba se han realizado con demasiada exactitud en el sentido de sus celos y de su ira, para que su intervención sea dudosa. Créame V. Delcrús, no sé como ha ocurrido este horrible suceso, pero observo en todo el sello, la garra de la pasión... Es Ricardo, le digo á V. que es Ricardo... Y si V. le deja escaparse, si no lo reduce V. á prisión y de prisa, le acusarán de hacerlo por razones de familia y podría costarle caro.

Delcrús se estremeció : « ¡ Cómo, señor duque !...

— Es muy sencillo. Telegrafíe V. á Versalles para que le envíen un suplente. »

El magistrado, que examinaba el pro y el contra meditó unos cuantos segundos y después añadió con énfasis : « Mi general, este es un caso de conciencia ; le pido á V. hasta la noche para resolverme ».